



JACOB BURCKHARDT Juicios sobre la historia y los historiadores

conocimiento



QUE la historia nunca es segura es algo que hemos aprendido, quizás de una forma definitiva, a lo largo del siglo XX, pero algunos valientes precursores ya venían tratando de hacerlo ver desde mucho antes. Es el caso del historiador suizo Jacob Burckhardt (1818-1897), de cuya pluma la editorial Katz (con rigor y elegancia) ofrece una nueva traducción al público de habla castellana. Tras ella se esconde una estupenda oportunidad para ir más allá de *La cultura del renacimiento en Italia*, *Reflexiones sobre la historia universal* o *Historia de la cultura griega*. Más allá porque aquí el taller del artesano de la historiografía que fue Burckhardt se abre a ojos indiscretos, mostrando, con sus notas preparatorias para los cursos universitarios de la Universidad de Basilea, algo muy difícil de ver en nuestros tiempos de argumentación exangüe y pesadas cargas de citación: la capacidad de hacer y emitir juicios.

Con una prosa límpida, que no pierde su fuerza a pesar del largo viaje que ha hecho desde el original alemán al castellano, pasando por la versión inglesa intermedia, Burckhardt regala en su libro centenares de juicios a cada lector bien dispuesto. Quizás sea el haber nacido antes del auge del psicoanálisis, el estructuralismo o

la deconstrucción. O quizás el haber decidido, tras 1840, no salir más de su Basilea natal y comportarse en ella como un eremita del conocimiento. El hecho es que, aún sin poder identificar claramente el porqué, hay algo que, en esta profusión de asertos breves, diferencia a Burckhardt de la mayoría de los autores actuales. Y es que esas pequeñas articulaciones de palabras que, a pesar de su escaso tamaño, son capaces de encerrar lo mejor de miles de horas de estudio y reflexión cada vez son más raras entre nosotros, y tengo para mí que, si nos pidieran escribir de nuevo *Juicios sobre la historia y los historiadores*, necesitaríamos quince volúmenes de la *Enciclopedia Británica* sólo para las notas a pie de página.

Pero, ¿dónde se perdió la sensatez de hombres así? ¿Han sido las guerras infernales de principios de siglo, el jemer rojo, Auschwitz o el Gulag los que nos han hecho perder el juicio? ¿O será que lo que hemos perdido son las horas de estudio y el silencio de un tiempo en que la valía de los profesores universitarios no se medía al peso de sus publicaciones y cuando solo unos cuantos podían alzar su voz y estampar su firma al pie de un ensayo? ¿Es la democratización del mundo académico, nuestra sociedad del conocimiento de masas, incompatible con la posibilidad de juzgar sobre las cuestiones importantes?

En los *Juicios...* de Burckhardt se despliega el atrevimiento para pronunciarse sobre la historia sin necesidad de escudarse en devaneos gnósticos de cientos de páginas. Y no es que mil páginas de datos no tengan valor, sino que, al final, lo que nos enfrenta con

JACOB BURCKHARDT, *Juicios sobre la historia y los historiadores*, traducción de Azucena Galettini, revisada por Teresa Rossman, Katz, Madrid, 2011, 264 pp. ISBN 978-84-92946-39-6. (*Judgements on History and Historians*, 2000).



la realidad de una forma sincera y arriesgada es la conclusión a la que su lectura nos lleva, a pesar de que, muchas veces, sea de un modo polémico. Algo que no preocupa en absoluto al historiador suizo: “El Islam es la victoria de la mediocridad, y la gran mayoría de la humanidad es mediocre” (p. 63); “Los lazos que [el catolicismo] tenía en un inicio con la cultura, con la vida mundana y con la ciencia han sido hace tiempo cortados y su oposición a la mentalidad moderna es más aguda que nunca” (p. 82); “si el arrianismo se hubiera mantenido en Occidente, en un siglo o dos los judíos se habrían convertido en los amos y señores de todos los bienes, e incluso, en determinado momento, habrían hecho trabajar para ellos a los pueblos germanos y latinos” (p. 58).

Formado con Ranke y Droysen, Burckhardt tuvo la osadía de proponer una lectura original de la historia, quizás la primera en la que la noción de cultura tuvo un papel central, que sigue manteniendo una enorme potencia explicativa. En ella destaca un profundo respeto por las generaciones que nos precedieron, cuyas reflexiones, sentimientos e intuiciones no subestima ni desprecia, pues nos une a ellas “la gran noción general de continuidad del espíritu, noción que nos distingue de los bárbaros (hasta de los más modernos)” (p. 42).

Ese respeto que atraviesa toda su labor de historiador permite al tiempo dos cosas importantes. En primer lugar, mantener el interés por el conocimiento y la comprensión de las vidas de todos aquellos pueblos, sociedades e individuos que fueron un día, valorando que “la capacidad de comparar los diferentes periodos del pasado entre sí y con el presente es una de las fuerzas principales que nos aleja de la confusión, de la agitación cotidiana y de la barbarie” (p. 78). En segundo lugar, el mismo respeto permite afirmar una sana relatividad de las valoraciones históricas que surgen del estudio del pasado, alejándose de estrechos criterios particulares, encorsetados en los valores de la propia época. Y es que, “en realidad, un juicio histórico debería siempre ser tal que todas las naciones, si no todos los partidos, pudiesen suscribirlo” (p. 87).

Juan Diego González Sanz